

2005

“Un epitafio de lo cotidiano” . David Toscana. *Duelo por Miguel Pruneda*. México, Editorial Plaza y Janés. 2002. Edición argentina: Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002.

Liliana E. Tozzi

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Tozzi, Liliana E. (Primavera-Otoño 2005) ““Un epitafio de lo cotidiano” . David Toscana. *Duelo por Miguel Pruneda*. México, Editorial Plaza y Janés. 2002. Edición argentina: Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002.” *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 37.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/37>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

UN EPITAFIO DE LO COTIDIANO

***Duelo por Miguel Pruneda*, de David Toscana. México, Editorial Plaza y Janés. 2002. Edición argentina: Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002.**

“Hace muchos años a Miguel Pruneda le divertía visitar el cementerio”, así comienza la novela de David Toscana *Duelo por Miguel Pruneda*, relato de cementerios y muertes en el cual el duelo, como eje temático, articula múltiples procesos significativos.

Cuando era niño, Miguel Pruneda recorría el cementerio de Monterrey, en bicicleta, con su amigo Faustino, leyendo las lápidas y construyendo en su fantasía las vidas que habían inspirado esas inscripciones. Por eso, cuando se entera de que será honrado con un homenaje por sus treinta años de servicio en la oficina, “con el peso de las palmadas de su jefe en la espalda”, vuelve al lugar, donde recorre las tumbas y panteones y lee las lápidas, entre ellas la que contiene su propio nombre – el de su padre – en el panteón familiar. La muerte en su materialidad concreta, de estos en descomposición y huesos que ya no conservan ni siquiera su color original, se constituye en eje temático de la novela. Sin embargo, la presencia de la muerte trasciende el espacio del cementerio y se instala en el ámbito de lo cotidiano, a través del cadáver de don José Videgaray, el vecino a quien Miguel, su mujer y sus amigos deciden cumplir su última voluntad de no ser enterrado y permanecer en su departamento.

La narración se desplaza entre el presente del protagonista y sus recuerdos de la infancia, a través de un relato donde se alternan las voces del narrador y de los personajes, para componer un duelo que expande su significado: duelo por el muerto de cuerpo presente, don José Videgaray; por los muertos evocados, como los pasajeros de un avión que se estrelló contra el cerro del Fraile, la hija perdida de su vecina o el niño Emigdio Sáenz; y los muertos imaginarios, como Irenita, construida por la fantasía del protagonista, a partir de una bolsa con huesos “incompletos” que encuentra en un panteón abandonado. Pero en el espacio de esas muertes materiales, por sobre la descomposición física de los cuerpos, se va inscribiendo “el duelo por Miguel Pruneda”, como develación del verdadero

sentido de su vida, cuyo resultado más que un homenaje demanda un epitafio. No es casual que el cuaderno de notas donde Hugo, empleado de la empresa, debe escribir los datos para el discurso en su honor, permanezca casi vacío hasta el final de la novela; mientras que en el diario se publica una extensa nota con la descripción de su muerte, redactada por su amigo de la infancia, adelantando una muerte física que ya se ha concretado en el plano de la experiencia vital.

Porque Miguel Pruneda, al saber de su homenaje, toma conciencia de su derrota: “Apenas ahora le caía el peso de saberse vencido...”. Su vida es la manifestación del fracaso de las ilusiones, del deseo que no se cumple por falta de voluntad, de esa muerte en vida característica de muchos personajes de Onetti, que va carcomiendo lenta pero inexorablemente la existencia.

Por otra parte, la visión de la muerte que presenta el relato de David Toscana desmorona toda la tradición religiosa y cultural occidental. Los ritos que se realizan, como el simulacro de velorio que se organiza en la casa del muerto, desmontan la significación de las ceremonias tradicionales de la sociedad mexicana, mediante un proceso de parodización que lleva su sentido hasta el ridículo, con el cadáver vestido de torero y sumergido en un formol insuficiente para detener el proceso de descomposición. De este modo se desarrolla una imitación del ritual cristiano, en el cual solamente Estela, la mujer de Miguel, reza conscientemente, mientras “los demás emitían murmullos, sin siquiera llevar la oración en la mente” y “Miguel no pensaba en el alma de José Videgaray, sino en su sexo en ruinas, su esfínteres dispuestos a aflojarse si alguien osaba mover el cuerpo, anden, cabrones, nomás tóquenme y los meo; también pensaba en Mónica, en que era una muchacha deliciosa’. Es una muerte desacralizada, sin Dios ni dioses (“con óleos o sin óleos, con misa o sin misa, don José ya está donde debe estar’) que desenmascara y pone al descubierto el esqueleto de la realidad.

Pero *Duelo por Miguel Pruneda* es también la representación de una ciudad que desaparece lentamente, y cuyos restos se buscan entre las luces y los relucientes edificios productos del progreso. Miguel intenta exhumar las ruinas del Monterrey de su infancia en un intento vano por rescatar algunos huesos que, como los restos hallados en una bolsa plástica en el cementerio, le permitan componer un esqueleto, aunque sea incompleto, de la ciudad perdida.

La ciudad como espacio de la memoria opera también como disparador para la revisión histórica. La vida del anciano, reconstruida a través de sus escritos y del relato de Horacio, su amigo de confianza, se constituye en punto de apoyo para una mirada crítica sobre la historia y un juicio póstumo a quienes tuvieron la responsabilidad de construirla. La espada que cuelga en la pared del departamento de José Videgaray y la frase que le sirve de epígrafe, escrita el 21 de abril de 1956, representan metafóricamente una

concepción heroica: “Con ésta se ha derramado sangre noble y sangre ruin”. Sangre noble del toro que mató en el ruedo y sangre ruin del “gringo” a quien sacrificó para cobrar en él la cuota por la derrota sufrida durante el sitio de la ciudad, un siglo atrás. La narración esboza una concepción de lo heroico que se va construyendo y deconstruyendo a partir del legado ideológico de don José, recordado por Horacio: “lo único que puede convertirlo a uno en héroe es un arma bien utilizada, sea fusil, espada, puñal o puño; (...); pero esta ciudad premia la acumulación, no las agallas”. Revisión crítica, formulación de un concepto de lo heroico que se revela con toda su carga de ambigüedad, ante la posibilidad de considerar el acto de don José propio de “un hijo de puta” o “un héroe”: “todo depende de cómo se lea la historia”.

A lo largo del relato, entre todos estos duelos reales, recordados y contruidos a partir de la imaginación del protagonista, entre los hilos de la historia narrada, se entretiene el duelo que Miguel Pruneda elabora de sí mismo y de su vida que agoniza en el sinsentido y la impotencia. Vida que no difiere mucho de la del “esperpento” discapacitado que cuida el cementerio y con el cual se establece un juego especular y sórdido, que tematiza la experiencia límite de tocar fondo en un intento fallido por escapar de la nada.

La necesidad de la vivencia del extremo dolor – más psicológico que físico – para experimentar el límite con la muerte se manifiesta a través de diversas prácticas. Por ejemplo, aquella a la cual lo somete su amigo Faustino al apretarle el tórax en un abrazo mortal que lo lleva hasta el desvanecimiento y la conciencia de la proximidad del fin, para devolverlo al mundo con una sensación de gozo incomparable. De manera paralela, Miguel intenta hacer lo mismo con su esposa, dejando en manos del discapacitado del cementerio y su presencia mutilada y maloliente la tarea que él mismo es incapaz de realizar: la degradación del cuerpo como modo de sumergirse en la nada para despertar a una existencia diferente.

Con respecto a la figura femenina, representada en su esposa, Toscana continúa con la elaboración de tipos femeninos pasivos y cuyo protagonismo depende de su relación con las figuras masculinas. Estela, la mujer de Miguel, sólo se ocupa, aparentemente, de cocinar e higienizar el ambiente con líquidos que huelen a aromatizantes artificiales, acompañando las decisiones de su esposo con un consentimiento basado más en la necesidad de conservar un orden que en la convicción. La suya es una relación construida sobre la base de una tragedia – se conocen cuando los padres de ambos mueren en un accidente de tránsito ocasionado por la imprudencia del padre de Estela – y se caracteriza por la imposibilidad de comunicación. Los años de convivencia no resultan suficientes para establecer un vínculo más auténtico, que hubiera puesto en boca de su mujer la frase que pronuncia el cuidador del cementerio: “Te entiendo”.

Miguel Pruneda sobrevive muriendo, prolongando el encuentro con “la mujer del velo” – representación diegética de la muerte – a través de una actitud que intenta quebrar el orden sin llegar a hacerlo nunca. *Dum tacet clamat* (“aunque en silencio, clama”), la expresión latina inscrita en las lápidas de los afiliados al sindicato de madereros *Woodmen of the World* y a la cual Miguel le atribuye diversos significados, sintetiza una concepción de la muerte: la posibilidad de pervivencia, la “vida eterna” que promete la religión cristiana. Sin embargo, el hecho de que la inscripción funcione en cierto sentido como *slogan* del Sindicato, como su marca de identificación, desacraliza y trivializa el significado. La existencia de Miguel Pruneda, metonimia del hombre urbano de estos tiempos, podría resumirse a través de una deconstrucción del significado de esta frase: en silencio, clama, clama por la posibilidad de transformación de un estado banal y pasivo; sin embargo, permanece en el silencio, sin atreverse a realizar un acto que justifique y dé sentido a su existencia. Ni abandona a su mujer, ni deja su trabajo, ni se lanza a la loca carrera en bicicleta hasta estrellarse contra un automóvil gritando “Micaela”, como sucede en su muerte ficcional construida por el artículo del periódico.

Duelo por Miguel Pruneda instala una voz narrativa que quiebra el silencio a través de la proclamación de una denuncia contra la existencia cotidiana urbana y la celebración de una muerte. Una muerte en la cual el alma, en lugar del prometido ascenso a los cielos, desciende al infierno con un homenaje que representa la consagración de una vida carcomida por los gusanos del tedio, de la frustración y de la ausencia de voluntad.

David Toscana pertenece a la joven generación de escritores mexicanos. Nacido en Monterrey en 1961. Ha publicado varias novelas, entre ellas *Las bicicletas*, *Santa María del circo* y *Estación Tula* y el libro de relatos *Historias de Lontananza*, que evidencian sus cualidades de narrador y su capacidad para la construcción de historias que ponen en cuestión algunas de las problemáticas más relevantes de estos tiempos.

Liliana E. Tozzi